

EL ASESINATO DE VÍCTOR DARMON Y LA CRISIS HISPANO-MARROQUÍ DE 1844

Jorge Luis LOUREIRO SOUTO¹

RESUMEN

Las crisis han sido frecuentes en las relaciones hispano-marroquíes. En 1844, el asesinato del vicecónsul de España en El Yadida llevó a ambas naciones al borde de la ruptura. Las repercusiones mediáticas de este suceso coadyuvieron a generar una crisis internacional que se estaba gestando desde hacía algún tiempo y terminaría provocando una guerra entre Francia y Marruecos. Finalmente, la superioridad del Ejército galo restablecería el Derecho internacional mediante las armas. El diferendo entre España y Marruecos se resolvería por la vía diplomática.

PALABRAS CLAVE: España, Francia, Marruecos, siglo XIX, relaciones internacionales, *yihad*.

ABSTRACT

There have been many crises between Spain and Morocco. In 1844, the assassination of the vice-consul of Spain in El Yadida brought both na-

¹ Farero. Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología, especialista universitario en Gestión de Crisis, especialista universitario en Resolución Pacífica de Conflictos y Mantenimiento de la Paz, especialista universitario en Fundamentos de la Paz, la Seguridad y la Defensa, especialista universitario en Historia Militar, experto universitario en Servicios de Inteligencia y doctorando en el programa «Paz y Seguridad Internacional» del Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado.

tions to the brink of war. The media repercussions of such an event contributed to generating an international crisis, one which had been brewing for a while and which would, ultimately, start a war between France and Morocco. In the end, the French army's superiority restored the International Law through force. The dispute between Spain and Morocco would resolve itself via diplomacy.²

KEY WORDS: Spain, France, 19th century, international relations, *jihad*.

* * * * *

Introducción

El sultán de Marruecos Muley Abderramán, cuyo reinado discurrió entre 1822 y 1859, cometió incontables iniquidades y abusos. Sus arbitrariedades llegaron a tal extremo que un autor de la época llegó a escribir que su Gobierno no tenía más reglas de conducta que la mentira, el odio, el ultraje y la muerte.³ La diplomacia nada podía conseguir de alguien así, sin embargo, al sultán no le quedó más remedio que ceder cuando las potencias europeas decidieron recurrir a la fuerza para poner fin a sus desmanes. Este artículo estudia un incidente diplomático que puso el colofón a una larga lista de agravios contra los intereses españoles en el reino alauita y estuvo a punto de desencadenar una guerra entre ambas naciones: la ejecución, en circunstancias poco claras, de Víctor Darmon, vicecónsul de España en Mazagán (El Yadida), vulnerando la inmunidad que el Derecho consular confería a su persona.

En primer lugar, se presenta el caso Darmon siguiendo el relato publicado por la prensa el año en que sucedieron aquellos hechos, recogido por Serafín Calderón, auditor general del Ejército, en su *Manual del oficial en Marruecos*.⁴ Seguidamente, se analizan las repercusiones internacionales del asunto, cuyos ecos coadyuvarían a provocar una guerra entre Francia y el reino alauita, y se exponen las sucesivas etapas de la crisis hispano-

² Traducción: Elodie Celine Emma Rodríguez.

³ Decamps, A.: *Le Maroc en face de l'Europe a propos de la dernière rupture survenue entre la République Française et le Gouvernement marocain*, Paris: Imprimerie Lacourt et Co., 1849, pág. 7.

⁴ *Diario de Avisos de Madrid*, 10 de abril de 1844, pág. 4.

marroquí de 1844: el ultimátum del Gobierno de España, la respuesta del sultán, la ruptura de las relaciones entre ambos países, la mediación británica y la aceptación por el Majzén de las condiciones impuestas en el ultimátum para evitar la guerra; encajándolas en los principales hitos del conflicto que se desencadenó entre Francia y Marruecos: la llamada a la *yihad*, los enfrentamientos en la frontera de Argelia, el ultimátum del Gobierno galo, el bombardeo de Tánger, la batalla de Isly y el bombardeo de Mogador. Para finalizar, se efectúa un breve análisis crítico de la política del Gobierno español respecto al episodio.



1. Mulay Abderramán, sultán de Marruecos, saliendo de su palacio de Meknes rodeado de su guardia. Delacroix

Las relaciones hispano-marroquíes han sido complicadas desde sus inicios. La pugna entre el cristianismo y el islam, que provocó un enfrentamiento entre los pueblos de ambas riberas del estrecho de Gibraltar que ha

durado siglos, ha tenido mucho que ver en ello. La confrontación religiosa se ha visto agravada por las luchas relacionadas con la invasión musulmana de la Península y su posterior Reconquista, las guerras disputadas para dirimir la soberanía de las plazas españolas en el norte de África y los cruentos enfrentamientos de los primeros años del Protectorado, de forma que el conflicto ha caracterizado las relaciones entre España y Marruecos desde mucho antes de su configuración actual como Estados. A partir de la firma del primer tratado de paz y comercio entre ambas naciones, rubricado por el célebre Jorge Juan en Marrakech el 28 de mayo de 1767, durante el reinado de Carlos III,⁵ las crisis entre ambos países han sido frecuentes y posiblemente volverán a reproducirse. Conocer su historia permitirá comprender mejor la dinámica de las que acontecerán en el devenir, lo que ayudará a mejorar su gestión. Como decía Cicerón, la historia es testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la Antigüedad...

El caso Darmon

Víctor Darmon fue un hebreo nacido en Marsella el 5 de julio de 1814, de padre tunecino y madre francesa. En la década de los treinta del siglo XIX, se estableció en Mazagán dedicándose al comercio, pero el bajá, Muza Ben Mohamed, El Gerbi, le sometió a continuas socaliñas y extorsiones, por lo que abrió una nueva factoría en Casablanca con la esperanza de escapar a su codicia, aunque no abandonó por completo su antigua residencia. El traslado de su negocio desagradó mucho a Muza debido a que ponía su actividad fuera del alcance de sus rapiñas, causándole un menoscabo económico. Además, tuvo el atrevimiento de denunciar ante el sultán las exacciones y los abusos que cometía habitualmente el bajá en la administración de la aduana, ganándose con ello un peligroso enemigo.

En aquel entonces, Darmon también ejercía la función de agente consular de España y Gran Bretaña, en ambos casos con la categoría de vicecónsul. Su posición despertaba numerosos antagonismos entre israelitas y musulmanes, ya que su educación europea le alejaba del ciego fanatismo con el que los hebreos de Marruecos profesaban el judaísmo, apartándole

⁵ Tratado de paz y comercio entre España y Marruecos, 28 de mayo de 1767, en Cantillo, A. del: *Tratados, Convenios y Declaraciones de Paz y de Comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón desde el año de 1700 hasta el día. Puestos en orden e ilustrados muchos de ellos con la historia de sus respectivas negociaciones*, Madrid: Imprenta de Alegría y Charlain, 1843, págs. 505-507.

de ellos y provocando su inquina, a la vez que los modales europeos de que hacía gala en su trato con las mujeres provocaban los celos y la animadversión de padres y maridos. Los rumores de que osaba mantener relaciones amorosas con musulmanas agravaban la ojeriza que despertaba este comportamiento, volviéndole odioso a los ojos de algunos. Además, los judíos de Casablanca le contemplaban como un peligroso rival, ya que temían que se apoderase de una porción sustancial del comercio de la zona. Por otra parte, vestía como un europeo y vivía a la manera de los franceses a pesar de su origen hebraico, lo que chocaba con los usos y las costumbres del país en aquella época.

El bajá de Mazagán apeló al sultán y consiguió con sus intrigas que Darmon fuera desterrado de Casablanca, fijándose su residencia en Mogador (Essaouira). Aunque intentó defenderse de las acusaciones de Muza e incluso obtuvo informes del caíd y de otras personas respetables de la ciudad que le permitirían desbaratar sus calumnias, el bajá de Casablanca le impidió presentar sus alegaciones ante el sultán para evitar que su colega de Mazagán resultara perjudicado. Mientras tanto, Muza envió dos soldados a Casablanca que apresaron a Darmon y le condujeron a su presencia. Una vez allí, después de leerle la orden imperial que le desterraba de Casablanca y determinaba su nueva residencia, le comunicó que quedaría detenido en Azemmour hasta que efectuase el pago de 32 quintales de pólvora que adeudaba por derechos de aduana.

Darmon replicó al bajá que, si bien era cierto que adeudaba este concepto, hacía ya tiempo que la remesa de pólvora se había pedido a Gibraltar y su llegada no podía tardar. También alegó que el pago de los derechos de aduana que tenía pendientes estaba asegurado mediante las existencias de sus almacenes y los créditos que le adeudaban varios personajes del país, y reclamó que se le dejase en libertad. Ante la negativa de Muza, apeló a la inmunidad consular de la que disfrutaba, pero el bajá ordenó que quedase detenido en una posada, custodiado por guardias e incomunicado.

A pesar de la prohibición de comunicarse con el exterior, Darmon sobornó a los guardias y obtuvo papel y tinta con los que redactó notas reclamando la protección de los Consulados Generales de España y de Gran Bretaña, pero sus mensajes cayeron en manos de Muza. Finalmente, pudo conseguir que el cónsul general de España se enterase de su situación. Sin pérdida de tiempo, este escribió al bajá comunicándole que estaba quebrantando lo dispuesto en los tratados internacionales y vulnerando la inmunidad consular de un agente de España, exigió que le devolviera de inmediato la libertad y protestó por los daños y perjuicios que se le estaban ocasionando, pero el bajá hizo caso omiso de sus reclamaciones, así que se dirigió direc-

tamente al sultán, comunicándoselo a las partes. Aunque un hermano de Darmon se desplazó a Tánger y solicitó a los cónsules francés y británico su intervención, ambos declinaron tomar cartas en el asunto. Mientras tanto, el vicecónsul consiguió que el bajá le permitiera desplazarse a Mazagán después de abonar por adelantado el importe de la pólvora. Una vez allí, aguardó el resultado de las gestiones del cónsul.

Estos hechos ocurrieron entre principios de septiembre de 1843 y los primeros días de 1844. El 10 de enero de este año, Darmon supo que el bajá estaría en las cercanías de Mazagán debido a un viaje relacionado con la celebración del regreso de la peregrinación a la Meca de un santón de la región y salió a su encuentro para entrevistarse con él acompañado de un criado, pero no comunicó su desplazamiento a las autoridades de la plaza. Cuando ya estaba cerca del lugar en el que esperaba encontrarse con el bajá, observó que le seguían unos jinetes, así que picó espuelas hasta perder de vista a sus perseguidores para prevenir un asalto en aquellos parajes solitarios. Sin embargo, volvió a encontrarlos más adelante y reconoció entre ellos al teniente de gobernador de Mazagán, por lo que decidió esperarle para interesarse por el motivo de su aparición. El teniente de gobernador le respondió que, al saber que se había fugado de Mazagán, había salido para detenerle porque no le había advertido de su partida; pero Darmon le replicó que, como agente consular y como comerciante, no estaba obligado a comunicar una salida realizada a las cercanías para entrevistarse con la autoridad principal del distrito. Además, si su intención fuera fugarse, no parecía lógico que se adentrara en el país cuando residía en un puerto de mar en el que podía subir a bordo de cualquier embarcación que hiciera allí escala y desaparecer.

El teniente de gobernador aparentó aceptar de buen grado estos argumentos y le anunció que le acompañaría en su camino. Sin embargo, mientras cabalgaban juntos conversando, dos de sus hombres acometieron repentinamente a Darmon al galope desde ambos flancos e intentaron desmontarlo. En el forcejeo, uno de ellos agarró la escopeta de dos cañones que el vicecónsul llevaba colgada en bandolera, con tal mala fortuna que se le enredó en el albornoz y se disparó, hiriéndole en el muslo. Seguidamente, la escopeta cayó al suelo y se volvió a disparar, aunque esta vez sin consecuencias. Al ver que un hebreo había herido a uno de los suyos, los musulmanes de la comitiva, sin tener en cuenta su inmunidad consular ni que Darmon no había tenido la culpa de aquel disparo fortuito, se lanzaron sobre él y le maltrataron cruelmente, robándole cuanto llevaba encima. Seguidamente, comunicaron lo ocurrido al bajá, quien ordenó que le dejaran en libertad y regresaran a Mazagán.

Para comprender esta actitud habría que recordar que, en aquellos tiempos, los judíos estaban sometidos a un severo régimen en algunos países musulmanes. En Argel, cualquier jenízaro podía detener y golpear al primer judío con el que se tropezase, sin que este pudiera protegerse y mucho menos devolverle los golpes. Su única alternativa era salir corriendo lo más deprisa posible. Quejarse a las autoridades podría ser contraproducente, ya que si un cadí preguntaba al jenízaro por qué le había golpeado y este contestaba que lo había hecho porque había insultado a su santa religión, el judío podía ser ejecutado, siempre que dos musulmanes confirmasen su acusación.

Tampoco les estaba permitido vivir en los mismos lugares en que lo hacían los musulmanes, asignándoseles un barrio particular cuyas puertas se cerraban cada noche, quedando encerrados hasta el día siguiente. Además, estaban obligados a realizar los trabajos más humillantes y debían ceder el paso cuando se cruzaban con cualquier seguidor del profeta, inclinándose en señal de humillación. En caso de que no lo hicieran, eran golpeados o se arriesgaban a sentir el yatagán en sus carnes. Asimismo, tenían que vestir un atuendo distintivo, quitarse las babuchas al pasar por una mezquita o frente a la casa de un cadí y no les estaba permitido montar a caballo, aunque podían hacerlo en asnos o, en casos particulares, en mulas. Aun así, cuando lo hacían, debían apearse en señal de respeto si un musulmán se cruzaba en su camino. También estaban obligados a esperar en las fuentes a que los mahometanos hubieran terminado de abastecerse de agua, aunque hubieran llegado después. Si subían al tejado de su casa y observaban a las moras jóvenes, golpeaban a un musulmán, intrigaban contra el Gobierno o dirigían su mirada al interior de una mezquita cuando los fieles estaban rezando, el castigo era la muerte.

Todos ellos eran considerados esclavos del dey o del emperador, en función del lugar en que viviesen, y no podían viajar sin haber obtenido antes su permiso, debiendo depositar fuertes sumas como garantía de su retorno. Cualquier turco podía entrar en sus casas, insultar al propietario, maltratar a las mujeres y comer y beber a su costa. En Marruecos, ningún musulmán podía ser ajusticiado por haber dado muerte a un judío, aunque matar a un cristiano estaba castigado con la pena capital, y no era raro que se pensase a los hebreos que osaran quejarse del asesinato de un pariente o amigo, dejándose en libertad al asesino. Por ello, raras veces se atrevían a apelar a la justicia o intentaban obtener reparaciones. Además, eran profundamente despreciados por los musulmanes de todas las clases sociales y hasta los rapazuelos los trataban con el mayor

descaro, abusando de ellos con una crueldad gratuita, conscientes de su impunidad y alentados por sus mayores.⁶

En 1841, Muley Abderramán definió el estatus de los judíos de su Imperio en una carta dirigida al cónsul general de Francia, en la que aludía a una serie de garantías de las que se beneficiarían siempre y cuando cumplieran las condiciones que la ley islámica imponía a quienes estaban bajo su protección. Mientras observasen estas condiciones, estaría prohibido derramar su sangre y serían respetados sus bienes. Sin embargo, estaba permitido verter su sangre y apoderarse de sus haciendas si se atrevían a vulnerar uno solo de sus preceptos. Según el sultán, el islam atribuía a los judíos las señales de la humillación y la ignominia, de forma que el mero hecho de que uno de ellos levantase la voz a un musulmán constituía una violación de las condiciones de protección. En la misma carta, recordaba al cónsul que el estatus de los cristianos era diferente del de los judíos, ya que los cristianos eran «reconciliados» mientras que los judíos eran «protegidos», argumentando que si los europeos querían considerar a los hebreos como sus iguales, estaba muy bien que lo hicieran mientras estaban en sus países, pero no en su Imperio, donde los hebraicos tenían que acomodarse a las obligaciones impuestas a los demás «protegidos» y vestir los mismos signos exteriores. Aquellos que no quisieran cumplir estas obligaciones, no tenían más que quedarse en sus patrias.⁷

Volviendo al infortunado Darmon, después de la agresión, se vio obligado a permanecer en el lecho para reponerse de sus heridas, pero envió una circular a sus colegas poniéndoles al corriente de lo sucedido y solicitándoles que reclamasen una satisfacción al bajá por el atropello que había sufrido. El bajá, por su parte, comunicó el suceso al sultán, tergiversándolo para perjudicar a Darmon. Días después, se presentó en Mazagán y convocó a los agentes consulares para notificarles que había decidido arrestar al vicecónsul y encerrarle en la cárcel pública, cargado con grillos y cadenas, hasta que llegase la respuesta de su señor.

Los agentes consulares protestaron unánimemente y le recordaron que la condición de agente consular de Darmon confería inviolabilidad a su persona, haciéndole ver las graves consecuencias que podría acarrear semejante acto. El agente de Cerdeña, en cuyo domicilio se había refugiado el vicecónsul, se opuso resueltamente a que los hombres del bajá entrasen en su

⁶ *Le dhimmi. Profil de l'opprimé en Orient et en Afrique du nord depuis la conquête arabe* (1980). Textos de viajeros, comerciantes y diplomáticos europeos por Marruecos en el siglo XIX, recopilados por Bat Ye'or, págs. 1 y 2: <<http://www.ua.es/personal/jms/hc/mrcs.pdf>>.

⁷ Carta del sultán de Marruecos, Muley Abderramán, al cónsul de Francia en Tánger, *ibid.*, págs. 2 y 3.

residencia para detenerle, violando su pabellón, pero el bajá respondió que su orden se ejecutaría al momento y a la fuerza. Sin prestar consideración a las protestas de los agentes consulares ni a las obligaciones internacionales de su país, los soldados violentaron la residencia del agente de Cerdeña, prendieron a Darmon y le condujeron a la cárcel pública, donde se le encerró cargado de cadenas.

El 20 de enero, se recibió un mensaje del sultán ordenando que el vicecónsul fuera ejecutado en el mismo lugar en que el hombre del teniente de gobernador había resultado herido por el disparo fortuito de su escopeta. El bajá reunió de inmediato a los agentes consulares y les comunicó la orden de su señor, asegurándoles que él nunca había tenido la intención de hacer ningún daño a Darmon y que apelaría al sultán recordándole su condición de agente consular de España y la poca gravedad de la herida que había recibido el moro, pidiéndole que conmutara la pena. También fingió interesarse en extremo por la situación del vicecónsul y les manifestó que haría todo lo que estuviese en su mano para evitar que se ejecutase la sentencia.

Los agentes consulares se mostraron conformes y es muy posible que alguno de ellos le ofreciera una importante suma si conseguía realizar lo prometido. Sin embargo, las gestiones de Muza fueron vanas, ya que, al parecer, el sultán estaba convencido de la veracidad de las anteriores acusaciones y creyó que su apelación se debía a que había sido sobornado por los amigos del detenido, así que confirmó su orden y envió un soldado de su guardia para que ejecutara directamente la sentencia sin entrevistarse siquiera con el bajá. Además, amonestó a Muza por no haber obedecido de inmediato un mandato imperial, recordándole que no ignoraba que Darmon era un agente consular de España, pero debería haber cumplido su orden, sin réplica ni tardanza, aunque se hubiera tratado del mismo cónsul general, y le comunicó que había enviado un hombre de su guardia a Mazagán para ejecutar la sentencia.

El 25 de enero de 1822, un soldado de la guardia negra (dos, según algunas versiones) se presentó en la cárcel de Mazagán portando un firmán del sultán y Darmon le fue entregado en el acto. Después de hacerle montar a pelo en la primera mula que encontró, se dirigieron al lugar en que había ocurrido el incidente. El vicecónsul no sospechaba que se acercaba su última hora, ya que pensaba que estaba siendo conducido a Azemmour para entrevistarse con el bajá. Cuando llegaron a aquel paraje, el soldado disparó su espingarda a bocajarro contra su costado derecho, derribándolo a tierra. Seguidamente, se prestó a cortarle la cabeza con su yatagán, pero Darmon le suplicó que lo rematase de un tiro antes de hacerlo. El soldado atendió a sus súplicas, cargó parsimoniosamente de nuevo su arma y le descerrajó

un balazo en el corazón que puso fin a su vida. Seguidamente, le decapitó y entregó su cabeza al infame Muza.

Mientras tanto, en Mazagán había corrido la noticia de que el sultán había confirmado la sentencia de muerte y uno de sus guardias se había llevado al vicecónsul. Los agentes consulares se presentaron ante el bajá y le exigieron unánimemente que suspendiera la ejecución de inmediato, pero era ya demasiado tarde. Aunque reclamaron que les fuera entregado el cadáver del desafortunado Darmon, ni siquiera esta gracia les fue concedida y su cuerpo permaneció en el lugar donde había caído asesinado, a los 29 años de edad, sirviendo de pasto a las alimañas.⁸

Las repercusiones internacionales del asunto

El asesinato del vicecónsul tensó hasta el extremo las relaciones hispano-marroquíes, muy deterioradas ya por una larga lista de agravios contra los ciudadanos y los intereses españoles en el reino alauita, y despertó la indignación de las naciones de Europa. Este crimen estaba revestido de una especial gravedad, ya que no solamente se había asesinado a un representante de España por orden del sultán, sino que también se había cometido un atentado contra el Derecho de gentes. Por otra parte, los abusos y las arbitrariedades del sultán habían provocado numerosos incidentes en los años anteriores que suscitaron la enemistad de las potencias europeas. Por poner algunos ejemplos, en 1828 se produjo un enfrentamiento entre Marruecos y Austria cuando los marroquíes se apoderaron en Rabat de un buque mercante veneciano que navegaba bajo pabellón austríaco, incautando su carga y haciendo prisionera a su tripulación con el pretexto de que Austria rehusaba pagar al sultán el tributo de 100.000 francos que abonaba Venecia, aunque había dejado de desembolsarse en el reinado de Napoleón. Como respuesta, Viena envió una escuadra contra Larache que abrió una brecha en las murallas con su artillería y seguidamente realizó un desembarco, aunque los austríacos tuvieron que retirarse al presentarse un gran contingente de

⁸ Ventosa, E.: *Espanoles y Marroquíes. Historia de la Guerra de África*, Barcelona: Librería de Salvador Manero, 1860, págs. 345-352; *Clamor Público*, 16 de diciembre de 1859, págs. 1 y 2; Berteuil, A.: *L'Algérie française*, París: Dentu, libraire-éditeur, 1856, vol. II, págs. 247-249; Calderón, S.: *Manual del oficial en Marruecos o cuadro geográfico, estadístico, histórico, político y militar de aquel imperio*, Madrid: Imprenta de Don Ignacio Boix, 1844, págs. 309-317; Drummond-Hay, J. H.: *Le Maroc et ses tribus nomades: excursions dans l'intérieur, chasses, détails de mœurs, superstitions, coutumes, etc.*, París: Arthus Bertrand, éditeur, 1844, págs. 325-329; *Diario Constitucional de Palma*, 21 de julio de 1844, págs. 1-3; *El Espectador*, 12 de julio de 1844, págs. 2 y 3; *El Herald*, 9 de julio de 1844, págs. 1 y 2.

Caballería. Seguidamente, la escuadra se dirigió a Arcila y Rabat y aunque no se llegó a efectuar un nuevo desembarco, las demostraciones hostiles no tardaron en dar fruto, ya que el sultán aceptó firmar la paz, devolvió el buque capturado y renunció a reclamar el pago del tributo. Sin embargo, fueron degollados y decapitados 20 hombres que habían sido hechos prisioneros en Larache, cuyas cabezas se exhibieron en Fez y Marrakech, provocando su visión un vivo entusiasmo.⁹

Aquel mismo año, las autoridades marroquíes confiscaron dos buques británicos. Gran Bretaña exigió su restitución y una indemnización. Cuando el sultán se negó a concederla, Londres envió una escuadra que bloqueó el puerto de Tánger, pero el bajá respondió encarcelando al cónsul británico. En las negociaciones para la renovación de sus respectivos tratados de comercio, Muley Abderramán exigió a Dinamarca un tributo anual de 25.000 piastras como «protección» contra la piratería y, a Suecia, 20.000. A Nápoles le había reclamado una importante cantidad de azufre para renovar su tratado. Después de recibir azufre en bruto, exigió azufre purificado y, cuando recibió este cargamento, terminó apropiándose de ambos.¹⁰ Las diferencias con Francia en la frontera de Argelia tendrían mayor gravedad, ya que el apoyo marroquí al rebelde argelino Abdel Kader terminaría desencadenando una guerra entre Francia y Marruecos.

Las reclamaciones diplomáticas que se presentaron por la ejecución de Víctor Darmon recibieron una respuesta altanera y poco conciliadora. A finales de febrero, el ministro universal del sultán, Mohamed Ben Dris, declaró que el Majzén ignoraba que «aquel judío» fuera un agente consular, aunque subrayó que si lo hubiera sabido se habría actuado del mismo modo, argumentando que se había advertido a las naciones europeas que todos los hebreos que residieran en los dominios de su señor estaban sometidos a las mismas leyes que los demás judíos del Imperio. Si esto no les convenía, tenían la puerta abierta para irse.¹¹ Esta actitud causó un gran disgusto en el mundo diplomático, que esperaba que el Majzén formulara al menos una disculpa y revelara los detalles del proceso instruido contra el desafortunado Darmon. El 11 de marzo, el cuerpo consular de Tánger dirigió una enérgica nota colectiva al sultán reclamando una cumplida satisfacción por el atroz atentado, que se expidió acompañada de sendas notas firmadas por los encargados de negocios de España y Cerdeña, el primero por tratarse de un

⁹ *El Católico*, 29 de agosto de 1844, pág. 467; *El Espectador*, 27 de agosto de 1844, pág. 4; *El Heraldo*, 24 de agosto de 1844, pág. 3.

¹⁰ Decamps, A.: *op. cit.*, págs. 1-12.

¹¹ *Diario Constitucional de Palma*, 29 de abril de 1844, pág. 3; *El Católico*, 15 de abril de 1844, pág. 119; *La Posdata*, 15 de abril de 1844, págs. 2 y 3; *El Heraldo*, 14 de abril de 1844, pág. 2.

agente consular español y el segundo por haberse vulnerado el domicilio de su representante en Mazagán.¹²

Por otra parte, el diferendo provocado por el asesinato del vicecónsul despertó una hostilidad que permanecía latente entre españoles y marroquíes y pronto comenzaron a producirse incidentes en los alrededores de las plazas africanas. Una embarcación pesquera de Ceuta fue tiroteada en las inmediaciones de Cabo Negro, muriendo uno de sus tripulantes. El primero de marzo, la guarnición de Melilla repelió un ataque de los rifeños. El 11, una falúa de esta ciudad fue atacada por una embarcación marroquí, que sería apresada después de un enconado combate que causó ocho muertos y doce heridos. Estos incidentes se sumaban a una larga lista de agravios, ya que los cabileños habían invadido el campo exterior de Ceuta, las embarcaciones españolas eran constantemente hostigadas en las costas berberiscas y las autoridades marroquíes se negaban a aplicar los gravámenes y las tasas establecidas en el tratado de comercio en vigor, por poner algunos ejemplos. El asesinato del vicecónsul fue la gota que colmó el vaso y, aunque en un primer momento estos acontecimientos no provocaron una respuesta de la opinión pública debido a que las sublevaciones de Alicante y Cartagena monopolizaban entonces su interés, una vez sofocada la rebelión, comenzaron a alzarse voces reclamando el castigo de los ultrajes recibidos.¹³

En las semanas siguientes, la cuestión fue discutida por los diarios de todas las tendencias, la prensa presionó al Gobierno para que enviase una expedición contra el reino alauita y se publicaron detallados planes de campaña en los que un ejército de 20.000 hombres marcharía contra Marruecos y ocuparía Tánger, Tetuán y Larache, utilizando Ceuta como base de operaciones. También se pidió la ocupación del archipiélago de Chafarinas; la concesión de patentes de corso;¹⁴ la ampliación del campo de Ceuta hasta Sierra Bullones; el establecimiento de una zona neutral abierta al comercio de al menos una legua en torno a los peñones de Vélez de la Gomera y de Alhucemas; la reconstrucción de los fuertes de San Lorenzo, San Miguel y San Francisco en Melilla, ampliándose una legua el campo de esta plaza e instaurándose asimismo una zona neutral, de una legua más, en torno a ella; el

¹² *El Católico*, 15 de marzo de 1844, pág. 597; *El Heraldo*, 15 de marzo de 1844, pág. 3.

¹³ *El Heraldo*, 20 de marzo de 1844, pág. 1; *Pensamiento de la Nación*, 6 de marzo de 1844, pág. 79.

¹⁴ *Diario Constitucional de Palma*, 18 de abril de 1844, págs. 2 y 3; 10 de abril de 1844, pág. 3; 22 de marzo de 1844, pág. 4; *El Heraldo*, 30 de abril de 1844, pág. 3; 9 de abril de 1844, pág. 2; 28 de marzo de 1844, pág. 1; 22 de marzo de 1844, págs. 1 y 2; *La Posdata*, 30 de abril de 1844, pág. 2; 8 de abril de 1844, pág. 2; *El Católico*, 1 de mayo de 1844, pág. 228; 2 de abril de 1844, pág. 15; 29 de marzo de 1844, págs. 710 y 711; 22 de marzo de 1844, pág. 653; 16 de marzo de 1844, pág. 606.

respeto de la soberanía española sobre la isla del Perejil; y que se permitiera residir en la corte al encargado de negocios de España, enviando el sultán un representante permanente a Madrid. Como garantía de que no se producirían nuevos abusos, se exigió la entrega del puerto de Mazagán u otro que fuera fácil mantener.¹⁵ La prensa pidió incluso que un ejército de entre 18.000 y 20.000 hombres desembarcara en Mogador, marchara contra Marrakech y ocupase la capital del Imperio.¹⁶ También solicitó que la armada que se había organizado para zarpar hacia Fernando Poo y Annobón se dirigiera contra Marruecos o, al menos, que hostilizara los puertos del Imperio durante su viaje.¹⁷ Asimismo, se publicó que se estaba reuniendo en el Puerto de Santa María un cuerpo expedicionario formado por 12.000 militares, 2.000 de los cuales serían de Caballería, bajo el mando del general Prim.¹⁸

Sin embargo, las dificultades internas de España hacían difícil que se pudiera pensar seriamente en invadir Marruecos en aquellos momentos. A pesar de ello, los rumores difundidos por los periódicos provocaron un gran revuelo en el Magreb.¹⁹ Como el sultán tenía un residente en Gibraltar y esta población era frecuentada por traficantes marroquíes, muchos de los cuales conocían la lengua española, el Majzén estaba al corriente de los proyectos que publicaba la prensa, cuya autoría atribuyó al Gobierno. El rebelde argelino Abdel Kader también disponía de agentes en aquella plaza y pronto se extendió por todo el Magreb el bulo de que los infieles se habían conjurado contra el islam y estaban preparando un ataque contra el Imperio de Marruecos, los franceses desde Tremecén y los españoles desde Ceuta. En numerosos lugares del reino, la población se levantó en masa exigiendo que se proclamase la *yihad* para defender sus tierras.

El sultán temía que este llamamiento a la guerra santa se convirtiera en una revuelta contra el trono, por lo que intentó controlar el movimiento anunciando que proclamaría la *yihad* cuando los infieles pusieran sus pies sobre la tierra de los creyentes y ordenó a los bajás y a los caídas que pasaran revista a los contingentes de sus provincias.²⁰ Estas revistas provocaron turbulencias en muchos lugares y se llegó a temer que se produjeran saqueos y masacres de

¹⁵ *Diario Constitucional de Palma*, 1 de mayo de 1844, pág. 2; *El Católico*, 18 de abril de 1844, pág. 143.

¹⁶ *El Eco del Comercio*, 4 de mayo de 1844, pág. 3.

¹⁷ *Diario Constitucional de Palma*, 6 de junio de 1844, pág. 2; *El Católico*, 5 de junio de 1844, pág. 498; *El Eco del Comercio*, 4 de junio de 1844, pág. 1.

¹⁸ *La Posdata*, 29 de abril de 1844, pág. 2; *Diario Constitucional de Palma*, 23 de marzo de 1844, págs. 2 y 3; *El Católico*, 1 de marzo de 1844, pág. 487; *El Herald*, 1 de marzo de 1847, pág. 2; *La Posdata*, 1 de marzo de 1844, pág. 4.

¹⁹ *El Herald*, 18 de abril de 1844, pág. 2; *El Católico*, 17 de abril de 1844, pág. 134.

²⁰ *El Católico*, 4 de mayo de 1844, pág. 252; *El Eco del Comercio*, 3 de mayo de 1844, pág. 2.

judíos y de cristianos. Además, se cerraron las puertas de las ciudades cuando los contingentes de las cabilas se presentaron a la revista debido a la poca confianza y el temor que inspiraban, ya que muchas de ellas se pasaban la mayor parte del tiempo guerreando entre sí o con las tropas del sultán.

En Tánger, considerada por muchos musulmanes la ciudad de los infieles debido a la presencia del cuerpo diplomático y de un buen número de cristianos y de judíos, poco faltó para que el bajá tuviera que emplear la fuerza para obligar a los cabileños a abandonar el lugar una vez que concluyó la revista, después de que hubieran mantenido la ciudad bloqueada durante diez días. Cuando se permitió la entrada de una partida, los cabileños cometieron un buen número de excesos, demolieron la casa de una dama inglesa, devastaron los jardines de los consulados e incluso abrieron fuego contra el cónsul general de España cuando se asomó a una ventana.

Que el bajá de Larache exigiera rehenes para recibir a los jefes de las cabilas en el interior de la ciudad proporciona una idea de la poca confianza que le inspiraban y de la debilidad de la autoridad que ejercían los dignatarios del sultán. A pesar de haber entregado rehenes, los cabileños dispararon indiscriminadamente en las calles y abrieron fuego contra las naves fondeadas en el puerto una vez que entraron en la población, acribillando al místico portugués *Fortuna* y al *sloop* británico *Little Viper*. Cuando el caíd de la policía les reprochó su conducta, le pegaron un tiro. Los cónsules, sus agentes, los judíos y los cristianos tuvieron que parapetarse en sus casas para evitar ser asesinados.²¹ Los bajás declararon su impotencia para reprimir estos excesos, que también se cometieron en Mogador, donde debían reunirse los contingentes de las cabilas El Schedma y El Haha, que se odiaban a muerte, por lo que el bajá las hizo presentarse por separado, haciéndolas partir de inmediato para evitar que se enfrentaran entre ellas. Cuando el cónsul de Francia en Mogador, H elouis Jorelle, se quej o firmemente al bajá a causa de las ardientes alocuciones contra los cristianos y los franceses que había dirigido a las cabilas, este alegó que lo había hecho en virtud de los rumores de guerra que se habían extendido por todo el país.²²

La crisis se convierte en conflicto

A principios de mayo, el Gobierno español envió un ultimátum al sultán exigiendo:

²¹ *La Posdata*, 17 de junio de 1844, pág. 3.

²² Drummond-Hay, J. H.: *op. cit.*, págs. 326-332.

- que la línea de los campos fronterizos de Ceuta se restableciese de inmediato en los términos fijados en el reinado de Muley Suleiman, se devolviera sin condiciones el territorio usurpado en el estado en que se hallaba para que en él pastase exclusivamente el ganado de la plaza, según estaba estipulado en el artículo 15.º del tratado vigente y, para evitar en lo sucesivo toda cuestión, se realizase la medición exacta de la línea divisoria, se colocasen mojones señalándola y se extendiera por duplicado un documento que sirviese de resguardo de la medición.
- que se procediese al arreglo equitativo de las reclamaciones pendientes por el destrozo y saqueo del falucho *Caimán* y del místico *Santa Ana* y por la detención arbitraria del falucho *Virgen del Carmen*.
- que se adoptasen enérgicas medidas para impedir la repetición de los actos de hostilidad que, en plena paz y sin provocación ni pretexto alguno, se cometían contra las plazas y los buques españoles que se acercaban o fondeaban en la costa marroquí, y se ordenase terminantemente a todas las autoridades de los puertos del Imperio que cumplieren las disposiciones del tratado vigente relativas a la exacción de anclaje de los buques españoles de comercio y pesca y los derechos de exportación.
- que se proporcionara una satisfacción pública y solemne por el asesinato de Víctor Darmon, imponiendo la pena capital al responsable de su ejecución, se permitiese a sus parientes o amigos retirar sus restos mortales, celebrar, según su rito, las ceremonias de costumbre en el lugar en que se había consumado el crimen y que el pabellón español, enarbolado en el buque enviado a presenciar el acto, fuese saludado con 21 cañonazos por la fortaleza más próxima.²³

El sultán tardaría un mes en responder a este ultimátum. Por otra parte, en aquellos momentos el rebelde argelino Abdel Kader se había visto obligado a abandonar su país debido al acoso de las tropas francesas, refugiándose en territorio marroquí. Había establecido su campamento en las proximidades de Oujda, en compañía de entre 400 y 500 infantes y 200 o 300 jinetes. Su *smala*, formada por su familia y las de los jefes leales, se encontraba a algunas jornadas de marcha en el oasis de Gaoun, situado entre Chelala y Figuig en la carretera de El Aghouat a Tafilete, al sur del desierto

²³ Torrecillas Velasco, A.: *Dos civilizaciones en conflicto. España en el África Musulmana. Historia de una guerra de 400 años (1497-1927)*, Valladolid: Quirón Ediciones, 2006, págs. 431 y 432; Bécker, J.: *España y Marruecos. Sus relaciones diplomáticas durante el siglo XIX*, Madrid: Tipolitografía Raoul Péant, 1903, págs. 28-30; *El Clamor Público*, 31 de mayo de 1844, pág. 4; *La Posdata*, 25 de mayo de 1844, pág. 3; *El Espectador*, 22 de mayo de 1844, págs. 3 y 4; *El Heraldo*, 22 de mayo de 1844, pág. 2.

de Angad, en los confines del Sahara argelino. Abdel Kader se había convertido en un huésped embarazoso para el sultán, de quien no recibía ningún apoyo efectivo. Sus armas y municiones debía procurárselas por sus propios medios, de forma que su adquisición y la soldada de sus hombres estaban agotando lo que quedaba de su tesoro. Además, la penetración francesa en la región le cerraba el acceso a sus antiguas bases de operaciones y los beduinos de Angad pillaban los rebaños de su *smala*.

En esta precaria situación, Abdel Kader supo aprovechar el incipiente conflicto entre España y Marruecos, obteniendo de él un gran partido. Pronto sus emisarios difundieron los belicosos proyectos que había publicado la prensa española, tergiversándolos para favorecer sus intereses, ya que, si conseguía que Marruecos se enfrentara a Francia, habría obtenido un poderoso aliado en su lucha contra los galos: proclamar la *yihad* para expulsar a los cristianos de territorios islámicos podía ser la mejor solución. Su acusación de que Francia y España se habían aliado para lanzar una cruzada contra los musulmanes le ayudó a organizar un levantamiento impulsado a base de ardientes proclamas religiosas.

A finales de mayo, el cariz que estaban tomando los acontecimientos hizo que el sultán enviara a la frontera con Argelia un contingente de tropas regulares de oudaias y bokharis, que se puso a las órdenes del caíd de Oujda, Ali Ben Taïb, El Guenaoui, para prevenir la anunciada invasión e impedir que Abdel Kader continuara cobrando ascendencia en aquella región. Cuando sus hombres llegaron a Oujda, se había reunido en los alrededores de la ciudad un contingente de alrededor de 8.000 jinetes y otros tantos infantes en virtud de la llamada de Abdel Kader, siendo su jefe principal El Khebibi, caíd de la poderosa cabila Alof Andoum.

Francia no esperaba un ataque marroquí. El gobernador general de Argelia, mariscal Bugueaud, estaba a 130 leguas de la frontera operando contra las cabilas de las montañas Jurjura, en la Cabilia. El general de Lamoricière se fortificó en la localidad de Lalla Maghnia, próxima a la frontera, limitándose a observar los acontecimientos. Por otra parte, la conducta de El Guenaoui revela que sus instrucciones eran meramente defensivas, ya que su señor únicamente le había encargado verificar si eran ciertos los proyectos de invasión que los rumores atribuían a los franceses. A pesar de la insistencia de Abdel Kader, se negó a penetrar en territorio argelino e incluso autorizó regresar a una parte de su contingente durante las labores de la cosecha. El sultán le había ordenado conducirse con la mayor circunspección, prohibiéndole tomar la iniciativa en el ataque. A no ser que fuera atacado, debería limitarse a requerir a de Lamoricière que evacuara Lalla Maghnia y se retirara a la línea del cauce del Tafna, debiendo esperar órdenes antes de

emprender cualquier otra operación. El 22 de mayo, realizó el requerimiento de evacuación, pero de Lamoricière se negó a abandonar la localidad y El Guenaoui transmitió su respuesta al sultán.

Sin embargo, pocos días después, la llegada en la mañana del 30 de mayo de Sidi El Mamoun Ben Cherif, primo de Muley Abderramán e hijo de su predecesor en el trono, enviado a Oujda por el primogénito del sultán al frente de un cuerpo de 500 oudaias de la guardia, dio un vuelco a la situación. Aquella misma jornada, manifestó a El Guenaoui su voluntad de realizar un reconocimiento del campo cristiano con la caballería. El Guenaoui no se atrevió a oponerse a los deseos de un miembro de la familia imperial y El Mamoun se dirigió a Lalla Maghnia al frente de 2.000 jinetes que terminarían enfrentándose a los franceses, siendo derrotados por el general de Lamoricière, cuyas tropas los persiguieron hasta la frontera.²⁴ Antes del encuentro, de Lamoricière ocultó la artillería tras una colina. Cuando la caballería marroquí se lanzó al galope contra los galos, ordenó una retirada fingida para atraerla hacia los cañones, los marroquíes cayeron en la trampa y fueron barridos por la metralla, retirándose en el mayor desorden perseguidos por la caballería francesa.²⁵ Al día siguiente, regresaron para enterrar a sus muertos, sin ser molestados por los galos.

Aunque Abdel Kader no tomó parte en aquella lucha, su ambición de que Francia y Marruecos se enfrentaran se había hecho realidad. Después de este episodio, regresó a Argelia para fomentar la insurrección en la retaguardia gala, pero los desastres que habían provocado los anteriores enfrentamientos hacían que las cabilas fueran reacias a arriesgarse a sufrir nuevas desventuras y el líder rebelde terminaría volviendo a Marruecos. Por otra parte, después del combate, en el que los marroquíes habían perdido alrededor de una cincuentena de hombres, el contingente del sultán permaneció en Oujda durante quince días sin realizar ningún movimiento. Aunque esto podría probar que el ataque ordenado por Sidi El Mamoun había obedecido a un impulso del jerife, fuera o no así, el sultán declaró la *yihad* contra Francia y envió a su primogénito, Sidi Mohamed, al frente de un importante contingente. Los galos también reforzaron sus efectivos y el gobernador general de Argelia, mariscal Bugueaud, se dirigió a la zona para hacerse cargo de la situación.²⁶ Asimismo, una división de la

²⁴ Bled, V. du: *Histoire de la Monarchie de juillet de 1830 à 1848*, París: E. Dentu, éditeur, 1879, vol. II, págs. 228-229; Pellissier de Reynaud, E.: *Annales Algériennes*, París: Librairie Militaire, J. Dumaine, libraire-éditeur de l'empereur, 1854, vol. III, págs. 127 y 128.

²⁵ *El Católico*, 21 de junio de 1844, pág. 618; *El Heraldo*, 19 de junio de 1844, pág. 2; 18 de junio de 1844, pág. 3.

²⁶ *El Católico*, 11 de junio de 1844, pág. 538; *El Espectador*, 11 de junio de 1844, pág. 4; *La Posdata*, 11 de junio de 1844, pág. 3; *El Clamor Público*, 10 de junio de 1844, pág. 3.

escuadra francesa del Mediterráneo recibió orden de dirigirse hacia las costas de Marruecos.²⁷ La posibilidad de que estallara una guerra crecía cada jornada.²⁸

Algunos días después de este enfrentamiento, el 10 de junio, el Gobierno español recibió la respuesta del sultán al ultimátum. Muley Abderramán alegó que los límites de Ceuta no habían sido fijados en ningún tratado (lo que no era cierto) y que los moros fronterizos reclamaban que los españoles se retirasen a la línea antigua. A los buques apresados, les acusó de dedicarse al contrabando. También declaró que no tenía que dar ninguna orden para que hubiese paz y tranquilidad en el Rif, porque la paz y tranquilidad estipuladas en los tratados se refería únicamente al mar (lo que tampoco era cierto; además, los tratados también le obligaban a impedir los ataques a las plazas), razonando: vosotros en vuestras tierras y los rifeños en las suyas y si alguien traspasase los límites y le sucediese algo, suya será la culpa. Respecto a los Derechos de anclaje y de exportación, manifestó que no consideraba conveniente hacer ninguna modificación en la práctica que se estaba siguiendo. Al referirse al asesinato de Darmon, adujo que ocho años atrás se había prevenido al cuerpo consular para que no se nombrasen agentes judíos, argumentando que cuando obtenían la dignidad consular se salían de su esfera y se ensoberbecían hasta quebrantar los límites del judaísmo y precipitarse al castigo, y afirmó que Darmon había sido el responsable de su propia muerte.²⁹

Con esta respuesta, el sultán no solamente transgredía el Derecho internacional, sino que pretendía emplear en sus relaciones con las naciones europeas la misma conducta despótica que ejercía sobre sus súbditos. Las dilaciones, las manipulaciones, las interpretaciones sesgadas de la realidad en función de los intereses del momento y las tergiversaciones han sido una constante de la diplomacia marroquí desde la firma del primer tratado de amistad con España. Lo cierto es que los límites de Ceuta habían sido fijados mediante tratados, ya que el convenio de amistad y comercio, firmado en Aranjuez el 30 de mayo de 1780,³⁰ había sido seguido, dos años más tarde, de un arreglo especial relativo a los límites de Ceuta. Poco después, el tratado de paz, amistad, navegación, comercio y pesca, firmado en Mequinez el 1 de marzo de 1799, reconoció en su artículo decimoquinto los límites de Ceu-

²⁷ *El Clamor Público*, 10 de junio de 1844, pág. 2.

²⁸ *El Herald*, 14 de junio de 1844, pág. 3; 13 de junio de 1844, pág. 3; *El Católico*, 13 de junio de 1844, pág. 556; *La Posdata*, 13 de junio de 1844, pág. 4.

²⁹ Bécker, J.: *op. cit.*, págs. 30 y 31.

³⁰ Convenio de amistad y comercio entre el rey de España y el emperador de Marruecos, firmado en Aranjuez el 30 de mayo de 1780, en Cantillo, A. del: *op. cit.*, págs. 565-568.

ta que se habían fijado en 1782.³¹ También se negó a aplicar las cláusulas relativas a los Derechos de anclaje y exportación establecidas en el tratado de paz, amistad, navegación, comercio y pesca de 1799, intentó justificar los expolios sufridos por embarcaciones españolas en aguas de Marruecos acusándolas de practicar el contrabando, pretendió tergiversar los anteriores tratados de paz para justificar los ataques a las plazas y llegó al extremo de hacer responsable a Darmon de su propia muerte.

Al recibir esta contestación, Madrid ordenó que se interrumpiera toda comunicación con las autoridades marroquíes y notificó al sultán mediante los representantes de Francia y de Gran Bretaña que, si las reclamaciones presentadas en el ultimátum no se habían satisfecho en un plazo de quince días, no quedaría otra opción que la guerra. De ello se informó, mediante Real Orden de 28 de junio de 1844, a los representantes de España en el extranjero. El Gobierno nombró al mariscal de campo Juan Villalonga comandante general de las fuerzas que se estaban reuniendo para enfrentarse a Marruecos y comenzaron a llegar efectivos a Ceuta.³² París y Londres ofrecieron sus respectivas mediaciones para evitar que se llegara al último extremo y Madrid aceptó la mediación británica. Por otra parte, las gestiones realizadas por Dinamarca y Suecia con el apoyo de Francia y Gran Bretaña para que se pusiera fin de una vez a los vergonzosos tributos que les exigía el sultán obtuvieron una respuesta negativa, que aumentó la animadversión de las potencias europeas.³³

Mientras tanto, Abdel Kader había apelado a una cuestión de límites fronterizos para inflamar el ánimo de los marroquíes, exigiendo que los franceses desocuparan los márgenes del Tafna.³⁴ Sin embargo, es muy posible que El Guenaoui únicamente pretendiera prevenir una invasión francesa y todavía no contara con la autorización de su señor para hacer la guerra.³⁵ El 15 de junio, el mariscal Bugeaud llegó a Lalla Maghnia y se concertó una entrevista entre El Guenaoui y el general Bedeau. Al día siguiente, ambos se reunieron en el morabito de Sidi Mohamed Ouissini, ubicado entre

³¹ Tratado de paz, amistad, navegación, comercio y pesca entre Su Majestad católica y Su Majestad marroquí, concluido y firmado en Mequinez el 1 de marzo de 1799, en *ibid.*, 1843, págs. 685-691.

³² *El Católico*, 26 de julio de 1844, pág. 204; 22 de julio de 1844, pág. 179; 20 de julio de 1844, pág. 162; 11 de julio de 1844, pág. 92; 6 de julio de 1844, pág. 46; 5 de julio de 1844, pág. 38.

³³ *El Católico*, 3 de julio de 1844, pág. 22; *Diario Constitucional de Palma*, 30 de mayo de 1844, pág. 3.

³⁴ Sesión de 5 de julio de 1844 de la Cámara de los Diputados francesa, en *El Católico*, 13 de julio de 1844, págs. 104 y 105.

³⁵ Carta de El Guenaoui, representante del emperador de Marruecos, al mariscal Bugeaud, 18 de junio de 1844, en Pellissier de Reynaud, E.: *op. cit.*, pp. 132-134; *El Católico*, 16 de julio de 1844, págs. 129 y 130.

ambos campos. El Guenaoui se presentó acompañado de 2.500 jinetes, 600 infantes y 2.000 soldados irregulares a pie y a caballo. Bedeau, por su parte, llevó consigo cuatro batallones y toda la caballería de que disponían los galos, mandada por de Lamoricière. Las tropas de ambos bandos se detuvieron a cierta distancia, los jefes avanzaron acompañados de sus intérpretes y comenzó la conferencia. Durante la reunión, los jinetes irregulares (posiblemente instigados por agentes de Abdel Kader) rodearon a los conferenciantes profiriendo gritos amenazadores. A pesar de los esfuerzos de El Guenaoui para dominar la situación, pronto comenzaron a disparar, hiriendo a un oficial y a dos soldados, por lo que la conferencia concluyó y las tropas francesas regresaron a su campamento seguidas por los marroquíes, que abrieron fuego contra su retaguardia.

Cuando el mariscal Bugueaud supo lo que estaba ocurriendo, se dirigió rápidamente al lugar al frente de cuatro batallones. Una vez reunidas sus fuerzas, los franceses cargaron contra los marroquíes. Bugueaud escalonó la infantería y la lanzó contra el flanco derecho alauita, cargando la caballería contra el izquierdo. Los oudaias y los bokharis, considerados invencibles en el Magreb, fueron completamente derrotados, dejando 300 muertos en el campo de batalla.³⁶ El contingente reunido en Oujda por Abdel Kader se disolvió con la misma rapidez con la que se había formado, de forma que las fuerzas francesas marcharon sobre esta ciudad, ocupándola el 19 de junio sin encontrar resistencia, aunque regresarían a territorio argelino al cabo de unos días.³⁷ Bugueaud previno a El Guenaoui de que no tenía intención de mantener la ciudad bajo su dominio, apoderarse de territorio marroquí o declarar abiertamente la guerra, sino que pretendía reducir a la obediencia a los rebeldes argelinos refugiados en Oujda y mostrar a los responsables del ataque las consecuencias de su proceder, advirtiéndole de que su país no estaba dispuesto a tolerar ninguna imposición por la fuerza.³⁸

Por su parte, El Guenaoui intentó responsabilizar a los franceses de los anteriores enfrentamientos, acusándoles de violar su territorio.³⁹ Sin embargo, antes de marchar sobre Oujda, Bugueaud le envió un ultimátum advirtiéndole que rechazaba de plano sus triquiñuelas diplomáticas. Si quería mantener la buena armonía, debería respetar los límites fronterizos establecidos por el Imperio turco, dejar de apoyar a Abdel Kader, de permitir a

³⁶ Pellissier de Reynaud, E.: *op. cit.*, págs. 129 y 130.

³⁷ Drummond-Hay, J. H.: *op. cit.*, págs. 335 y 336.

³⁸ Carta del mariscal Bugueaud a El Guenaoui, en Pellissier de Reynaud, E.: *op. cit.*, págs. 130-132.

³⁹ Carta de El Guenaoui, representante del emperador de Marruecos, al mariscal Bugueaud, 18 de junio de 1844, en Pellissier de Reynaud, E.: *op. cit.*, págs. 132-134; *El Católico*, 16 de julio de 1844, págs. 129 y 130.

los rebeldes argelinos refugiarse en su territorio y dispersar las tropas irregulares reunidas en la frontera. Si respetaba estas reglas de buena amistad, ambas naciones serían amigas, pero si continuaba haciendo lo contrario, la enemistad reinaría entre ellas.⁴⁰

El Gobierno francés pidió cuentas al Majzén por la presencia de Abdel Kader y sus hombres en territorio marroquí y por la doble agresión que habían sufrido sus tropas, exigiendo una reparación y garantías de que no se volverían a repetir hechos similares. Asimismo, reclamó al sultán que se abstuviese de realizar cualquier acto hostil, licenciara los contingentes reunidos en Oujda y se abstuviera de proporcionar cualquier tipo de apoyo a Abdel Kader, internándolo en el país en caso de que le concediera asilo político.⁴¹ También retiraría a sus cónsules, evacuaría a sus ciudadanos y amenazaría con bombardear Tánger con la escuadra que había enviado a las costas marroquíes si no se cumplían sus exigencias. Como respuesta, el cónsul general de Francia en Tánger recibió dos despachos. El primero estaba firmado por Mohamed Ben Dris, ministro universal del sultán, y su tono rayaba en la insolencia, ya que atribuía toda la culpa de los enfrentamientos a los generales franceses, advertía de que los vasallos de su amo reclamaban clamorosamente la guerra y recordaba a los galos que deberían sentirse agradecidos, ya que si El Guenaoui no hubiera contenido a sus tropas invencibles dejándose llevar por la piedad, ni un solo francés hubiera salido con vida del último encuentro. Asimismo, insistía en que los galos evacuasen la zona fronteriza.⁴² Dos días más tarde, llegó el segundo, expedido por el bajá de Larache, Bou Selem, persona razonable y moderada, lamentando lo ocurrido y prometiendo una reparación.⁴³

El 3 de julio, las fuerzas francesas abandonaron Oujda. Poco después de salir de la población, un ejército marroquí de 4.000 jinetes y 3.000 infantes, a cuyo frente se encontraban Sidi El Mamoun y Abdel Kader, atacó sus columnas. Bugueaud fingió una retirada y de repente formó a los batallones en cuadros e hizo frente a su enemigo, que abandonó prudentemente el campo.⁴⁴ El 15, los galos regresaron a su campamento de Lalla Maghnia.⁴⁵ Mientras tanto, realizaron batidas y razias en territorio marroquí. Francia

⁴⁰ Carta del mariscal Bugueaud a El Guenaoui, en Pellissier de Reynaud, E.: *op. cit.*, págs. 134 y 135.

⁴¹ Instrucción al cónsul general de Francia en Tánger, 12 de junio de 1844, en Gorce, P. de la: *Louis-Philippe (1830-1848)*, París: Librairie Plon, 1931, pág. 317.

⁴² Cánovas del Castillo, A.: *Apuntes para la Historia de Marruecos*, Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1913, pág. 231.

⁴³ Informe del príncipe de Joinville, 10 de julio de 1844, en Gorce, P. de la: *op. cit.*, pág. 318.

⁴⁴ *El Católico*, 27 de julio de 1844, pág. 209; 26 de julio de 1844, pág. 200.

⁴⁵ *El Católico*, 1 de agosto de 1844, pág. 251.

exigió la expulsión de Abdel Kader, la destitución de los generales responsables de los ataques y la retirada de las tropas al interior del país.⁴⁶ Por su parte, el sultán intentó contemporar, pidió disculpas, prometió reparaciones y ordenó encarcelar a El Guenaoui, aunque también envió refuerzos a la frontera, entre los que se encontraba un contingente de su famosa guardia negra.⁴⁷

Con su proceder, Muley Abderramán se había granjeado la unánime aversión de las naciones de Europa desde poco después de su subida al trono. Suecia y Dinamarca vieron la oportunidad de suprimir de una vez los vergonzosos tributos que todavía pagaban al sultán para evitar que sus súbditos fueran víctimas de la «piratería». España tenía pendiente una serie de reclamaciones, a las que se añadió el asesinato del vicecónsul. Holanda y el reino de Nápoles también tenían agravios pendientes y enviaron escuadrillas a las costas de Berbería. Gran Bretaña, por su parte, ofreció su mediación a París; su cónsul, *sir* William Auriol Drummond-Hay, se entrevistó con el sultán en Alcazarquibir y consiguió que el monarca autorizara al bajá de Larache a tratar el asunto. En el ínterin, cinco potencias europeas enviarían buques de guerra a las radas de Tánger y de Larache.⁴⁸ España envió una fragata, una corbeta, dos bergantines, dos goletas, un cúter y un barco de vapor; Gran Bretaña un navío de línea, una fragata y un barco de vapor; Cerdeña una corbeta de 36 cañones; al igual que Suecia; y Francia una división naval mandada por el tercero de los hijos del monarca, Francisco Fernando Felipe Luis María de Orleans, príncipe de Joinville,⁴⁹ formada por tres navíos de línea, el *Suffren*, el *Jemmapes* y el *Triton*, una fragata, la *Belle Poule*, tres bergantines y nueve barcos de vapor, que sumaban un total de 450 cañones.

En la mañana del 23 de julio, fondeó en Tánger el vapor de guerra *Plutón* procedente de Cádiz. El cónsul francés subió a bordo y se reunió con el príncipe de Joinville. Poco después, se ordenó embarcar a los empleados de la legación. Al cabo de un rato, lo hicieron sus familiares con el pretexto de que se celebraba el bautizo de un hijo del cónsul. Seguidamente, el canciller intimó a los súbditos franceses a subir a bordo con sus familias en el plazo de dos horas, pero el canciller fue retenido por los marroquíes junto con algunos ciudadanos franceses, aunque se les permitiría partir dos

⁴⁶ *El Católico*, 8 de agosto de 1844, pág. 307; *El Heraldo*, 27 de junio de 1844, pág. 3; *La Posdata*, 27 de junio de 1844, pág. 3.

⁴⁷ *El Católico*, 6 de agosto de 1844, pág. 291; 12 de julio de 1844, pág. 99; 8 de julio de 1844, pág. 63.

⁴⁸ *El Clamor Público*, 28 de junio de 1844, pág. 3; 18 de junio de 1844, pág. 3; *El Católico*, 18 de junio de 1844, pág. 596; *El Espectador*, 18 de junio de 1844, pág. 4.

⁴⁹ *El Heraldo*, 29 de junio de 1844, pág. 2; *Diario Constitucional de Palma*, 29 de junio de 1844, pág. 4.

días más tarde. El cónsul de Nápoles, a cargo del consulado de Francia, y el vicecónsul británico comunicaron el incidente al príncipe y este estableció una tregua de tres días para que el cónsul napolitano pudiera desplazarse a Larache para conferenciar con el bajá. Al tercer día, enviaría un vapor. Si entonces el Majzén no había respondido satisfactoriamente a las exigencias de su Gobierno, regresaría con la escuadra y bombardearía Tánger.

El príncipe advirtió al cuerpo consular del inminente bombardeo para que pudiera poner a sus nacionales a salvo antes de que concluyera el plazo. Sin embargo, el bajá de Tánger se opuso resueltamente a su evacuación, por lo que los cónsules apelaron al bajá de Larache, comisionando a su colega de Nápoles para obtener su autorización. Después de mucho insistir, obtuvo su beneplácito, aunque al entregarle la orden le comunicó que haberla firmado le costaría la cabeza, pero consideraba preferible que pereciera un solo hombre a que murieran muchos. Para conjurar la tempestad, envió al sultán un regalo valorado en torno al medio millón de francos. Los cónsules solicitaron al príncipe que esperase el regreso del cónsul británico, que había viajado a la corte a entrevistarse con el sultán para llevar a buen término su mediación, antes de romper las hostilidades.

Aunque finalmente se autorizó partir de Tánger a europeos y judíos, tuvieron que dejar atrás sus posesiones e incluso un hebreo de nacionalidad francesa se vio obligado a pagar 100 duros para que los marroquíes permitieran embarcar a su mujer. El 24, un vapor británico evacuó a sus ciudadanos y, al día siguiente, los españoles abandonaron la ciudad a bordo de un bergantín, aunque el cónsul continuó en su puesto.⁵⁰ Los súbditos de las potencias neutrales estaban prestos a embarcarse cuando comenzaran las hostilidades. El reino de Cerdeña puso una corbeta a disposición de quienes quisieran refugiarse en ella. El 25, se esperaba que llegaran a Tánger 6.000 soldados marroquíes como refuerzo. Aunque el bajá publicó un bando decretando que quienes ofendieran o insultaran a los cristianos serían castigados con la pena capital, ningún europeo se arriesgó a esperar la llegada de estas tropas.⁵¹

Mientras tanto, el príncipe de Joinville aguardaba en Cádiz a que se consumara el plazo de tres días que había otorgado para que se cumplieran las condiciones del ultimátum. En el ínterin, recibió una comunicación del mariscal Bugueaud, fechada el 19 de julio, poniéndole al corriente de la

⁵⁰ Informe de Rafael Delgado, capitán de la fragata *Cristina* al brigadier Tomás de Sostoa, comandante de la división naval, relativo a la evacuación de europeos y hebreos de Tánger, 25 de julio de 1844, en *El Católico*, 8 de agosto de 1844, págs. 306 y 307.

⁵¹ *El Católico*, 2 de agosto de 1844, págs. 259 y 260; 1 de agosto de 1844, pág. 251; 29 de julio de 1844, pág. 228.

situación en Argelia y notificándole que había detenido las hostilidades después de haber recibido proposiciones pacíficas del califa Ben Hamida. Al conocer esta noticia, el príncipe dispuso que el cónsul de Francia enviara una nueva misiva al bajá de Larache solicitando una respuesta definitiva sobre las exigencias que había presentado su Gobierno acerca de Abdel Kader. Este comunicado, datado el 25 de julio, advertía de que el príncipe regresaría a Tánger al cabo de ocho días para recibir su respuesta, ampliando de esta forma el anterior plazo. Por otra parte, en Gran Bretaña algunos sectores temían que Francia ocupara Marruecos avanzando desde Argelia, aunque París había anunciado repetidamente que no tenía interés en apoderarse de su territorio,⁵² y Londres prestó cierto apoyo al reino alauita. Además de su mediación para intentar neutralizar la contienda, en aquellas jornadas, zarpó de Gibraltar hacia Tetuán el mercante británico *Killy* llevando a bordo 16.000 fusiles y abundantes municiones adquiridos por negociantes marroquíes, sospechándose que habían salido de los arsenales del Gobierno británico.⁵³ Asimismo, continuaban llegando a Ceuta hombres y pertrechos, mientras los marroquíes levantaban defensas en las proximidades de Castillejos y establecían una batería en la costa a una legua y media de la plaza. El 30, la escuadra francesa zarpó de Cádiz y puso rumbo a Tánger.⁵⁴ Los preparativos bélicos se intensificaban con el paso de los días, anunciando la proximidad de la contienda.

Aunque en un primer momento el cónsul británico anunció que el Majzén estaba dispuesto a aceptar las reclamaciones francesas, el sultán únicamente se había limitado a formular una respuesta equívoca para ganar tiempo. El 3 de agosto vencía el plazo del ultimátum, pero el príncipe de Joinville suspendió el ataque contra la ciudad hasta que el cónsul británico regresara de Marrakech, con la esperanza de que su mediación diera fruto.⁵⁵ Sin embargo, la mediación británica no obtuvo resultados. Al día siguiente, se supo que Muley Abderramán no tenía la menor intención de acceder a sus reclamaciones y corrió la noticia de que había enviado un contingente considerable en refuerzo de Tánger; además, un gran cuerpo de ejército, dirigido por su propio hijo, había llegado a Oujda. La guerra era inminente.

El 6 de agosto, la escuadra francesa bombardeó las fortificaciones de Tánger. Aquella madrugada, el tiempo estaba en calma. Los vapores encendieron sus máquinas. El *Asmodeo*, de 450 caballos, batería corrida y mayor

⁵² Sesión de la Cámara de los Comunes, 22 de julio de 1844, en *El Católico*, 1 de agosto de 1844, págs. 249-251.

⁵³ *El Católico*, 3 de agosto de 1844, pág. 267.

⁵⁴ *El Católico*, 8 de agosto de 1844, pág. 308; 5 de agosto de 1844, pág. 284.

⁵⁵ *El Católico*, 8 de agosto de 1844, pág. 307.

eslora que un navío, fue el primero en zarpar. Pronto levaron anclas los demás y formaron una línea, abarloándose a los navíos y a la *Belle Poule*. El *Jemmapes*, de 102 cañones, que enarbolaba la insignia de contralmirante, se puso en movimiento remolcado por el vapor *Pluton* hasta acoderarse a unos tres cables de las baterías marroquíes, seguido por el *Suffren*, de 90 cañones, remolcado por el *Véloce*, mientras el *Triton*, la *Belle Poule* y dos bergantines se acoderaban frente a la playa del fondo de la bahía, donde los marroquíes habían instalado una batería. A las ocho, la insignia de mando pasó al *Suffren*. Veinticinco minutos más tarde, la escuadra abrió fuego y le respondió la artillería de la ciudad, pero la abrumadora superioridad de los cañones franceses y de los cohetes Congreve lanzados por los vapores hizo que prácticamente dejara de disparar a las nueve, después de haber sufrido grandes destrozos. A esa hora, el *Triton* fue remolcado una milla al oeste por el vapor *Cocite* hasta la distancia de tiro de metralla del Fuerte del Renegado, cuyos defensores únicamente pudieron hacer dos disparos, ya que sus baterías fueron desmanteladas por la primera descarga del navío, tras la cual huyeron despavoridos. Las escuadras de las potencias presentes en la rada contemplaron de cerca el bombardeo, cuyos ecos pudieron oírse desde Cádiz hasta Gibraltar.⁵⁶

Con este ataque, las baterías de Tánger, que sumaban 105 piezas mal montadas y peor servidas, quedaron completamente destruidas, saliendo indemnes únicamente las tres situadas al otro extremo de la bahía, aunque la población recibió pocos daños. Después del bombardeo, los cabileños bajaron de las montañas y entraron en la ciudad a pesar de la oposición del bajá, donde asaltaron los consulados y las casas de algunos europeos. Los galos tuvieron 28 bajas, entre muertos y heridos, y algunas embarcaciones sufrieron ligeras averías, pero las pérdidas marroquíes fueron considerables. En caso de que Muley Abderramán no cediera a las exigencias formuladas en el ultimátum, el príncipe de Joinville tenía orden de hostilizar los puertos del Imperio. Al caer la tarde, la escuadra puso rumbo a Mogador.

Había estallado la guerra entre Francia y Marruecos. París contaba con el apoyo de las potencias europeas: España prestaba apoyo logístico a su Armada, que utilizaba abiertamente el puerto de Cádiz. Suecia, Dinamarca, los Países Bajos y Nápoles habían comunicado al Gobierno francés por vía diplomática que esperaban que hiciera entrar en razón al sultán y le obligase a tratar a los cristianos residentes en Tánger como era debido. Prusia y el Imperio austríaco anunciaron que verían con sumo gusto que Francia castigara al sultán, siempre y cuando no se apoderase de ningún territorio. Aquel

⁵⁶ *El Católico*, 12 de agosto de 1844, págs. 339 y 340.

mismo día, arribó a Mogador el vapor británico *Vesubio* llevando a bordo a su cónsul, *sir* William Auriol Drummond-Hay, que portaba la respuesta al ultimátum del Gobierno español.⁵⁷

Mientras tanto, en la frontera de Argelia, Sidi Mohamed, el primogénito de Muley Abderramán, se había puesto al frente del contingente marroquí, cuyos efectivos aumentaban día tras día. A medida que crecían sus fuerzas, también se incrementaba su orgullo, y el vástago del sultán requirió a los franceses que abandonaran Lalla Maghnia si querían la paz. Los musulmanes pensaban que para los franceses sería imposible resistir el empuje de una masa de combatientes como la que se había reunido, en cuyas filas se encontraban los guerreros más afamados del Imperio de Marruecos. En el campo marroquí reinaba el entusiasmo y se hablaba abiertamente de tomar Tremecén, Orán e incluso la misma Argel, desatando una *yihad* que expulsara a los infieles de los territorios del islam. El hijo del sultán esperaba la llegada de los contingentes de Infantería de las cabilas Benisinasseem y del Rif para atacar a los franceses en Lalla Maghnia, ya que planeaba lanzar contra ellos la Infantería desde las montañas que dominaban la posición mientras la Caballería las envolvía en la llanura.

El mariscal Bugeaud estaba al mando de las fuerzas francesas. Los primeros días de agosto fueron jornadas de inquietud para los galos, ya que sus convoyes de aprovisionamiento estaban siendo atacados, se temía la defección de las cabilas aliadas y las partidas de reconocimiento marroquíes se habían aproximado hasta la distancia de un tiro de fusil de Lalla Maghnia en dos ocasiones, atacando los puestos avanzados. Bugeaud temía que las cabilas argelinas se rebelaran si continuaba aquella situación, impidiendo el aprovisionamiento de su ejército. Aunque hubiera preferido esperar el ataque del enemigo en lugar de dirigirse contra él para evitar a sus hombres una marcha de ocho leguas bajo el asfixiante calor del verano argelino, la incertidumbre que despertaba la espera y la declaración oficial de guerra le impulsaron a tomar la iniciativa.

El 12 de agosto, el general Bedeau llegó a Lalla Maghnia al frente de tres batallones y seis escuadrones. Al día siguiente, Bugeaud ordenó un avance hacia el campamento marroquí aparentando un gran forrajeo para ocultar el movimiento ofensivo. Al caer la noche, las columnas se unieron a los forrajeadores y se acampó en orden de marcha, en silencio y sin hogueras. A las dos de la madrugada del 14, el ejército se puso en movimiento y

⁵⁷ Lalanne, E.: *La France et ses colonies au XIX siècle*, París: Alcide Picard et Kaan, éditeurs, 1893, pág. 51; Drummond-Hay, J. H.: *op. cit.*, págs. 332-339; *El Genio de la Libertad*, 21 de agosto de 1844, pág. 2; *El Herald*, 15 de agosto de 1844, pág. 2; 13 de agosto de 1844, pág. 3; *El Católico*, 14 de agosto de 1844, págs. 355 y 356; 13 de agosto de 1844, págs. 342 y 343.

al amanecer cruzó por primera vez el Isly, un pequeño afluente del Tafna, sin encontrar ningún enemigo. A las ocho de la mañana, había llegado a la vista de Djarf el Akhdar, donde los marroquíes habían establecido su campamento, separado de los galos por el cauce del Isly. La Caballería alauita se encontraba frente a la posición, preparada para atacar a los franceses cuando atravesaran el río. En la parte más elevada, se encontraba el hijo del sultán rodeado de un gran número de hombres y de sus banderas, entre las que se distinguía su quitasol, enseña de mando.

Bugeaud formó a sus hombres en un gran rombo compuesto de cuadros de batallón que protegían en su interior la Caballería y centró el ataque en la colina que ocupaba el hijo del sultán, ordenando a sus oficiales que convergieran a la derecha una vez tomada esta altura para dirigirse contra el campamento enemigo. Después de un breve alto de cinco o seis minutos, el ejército se dirigió hacia el río marchando al paso redoblado al son de las músicas militares. Aunque el vado estaba defendido por un gran número de jinetes, estos fueron rechazados por los tiradores de la Infantería y pronto se alcanzó la meseta inferior de la loma en cuya cúspide se encontraba el hijo del sultán. Las cuatro piezas de campaña que marchaban en vanguardia abrieron fuego contra este punto y al instante se formó un gran revuelo entre los marroquíes. En aquel mismo momento, enormes masas de caballería se lanzaron a la vez contra los flancos y la retaguardia francesa, pero la Infantería les hizo frente con gran entereza. Los tiradores, situados a unos 50 pasos de los cuadros, esperaron la carga a pie firme y no retrocedieron ni un ápice. Habían recibido la orden de echarse a tierra en caso de que los jinetes llegaran hasta ellos para no impedir el fuego de las formaciones, cuyos ángulos muertos estaban cubiertos por la metralla de la artillería.

Al ver que los franceses soportaban su ataque, la Caballería marroquí se detuvo, amontonándose los jinetes desordenadamente. El caos aumentó cuando Bugeaud ordenó dirigir contra ellos el fuego de las cuatro piezas de campaña que marchaban al frente, acelerándose su retirada. Una vez rechazada la carga, los galos reanudaron su avance, tomaron la loma y convergieron hacia el campamento marroquí. Bugeaud aprovechó la confusión que se había adueñado de la Caballería enemiga para lanzar la suya contra el punto capital de su ataque: el campamento, al que suponía defendido por la Infantería y la Artillería alauitas, y ordenó al coronel Tartas que escalonase sus 19 escuadrones por la izquierda, de forma que el último escalón se apoyase en la orilla derecha del Isly. El primer escalón, compuesto de seis escuadrones de espahís, estaba al mando del coronel Yusuf y era apoyado de cerca por tres escuadrones del 4.º de Cazadores.

Después de acuchillar con sus sables a un buen número de jinetes, la vanguardia francesa entró en el campamento desafiando al fuego de la artillería, que solamente pudo hacer una descarga, ya que sus servidores cayeron bajo los sables de los asaltantes antes de que pudieran recargar las piezas. El lugar estaba lleno de jinetes e infantes que le disputaron el terreno palmo a palmo, pero no pudieron resistir su acometida. Cuando cargó la reserva del 4.º de Cazadores, los galos se adueñaron del campamento, sembrado con los cadáveres de hombres y caballos. Con esta acción, los marroquíes perdieron de un plumazo toda su artillería, sus provisiones, sus pertrechos y sus tiendas. En el bando francés, murieron cuatro oficiales de espahís y alrededor de quince cazadores y espahís, aunque muchos otros resultaron heridos.

Mientras tanto, el coronel Morris, que estaba al frente del segundo y el tercer escalón, cruzó de nuevo el Isly al ver que una gran masa de caballería se dirigía contra el ala derecha francesa y atacó a los marroquíes, sosteniendo un desigual combate. Como sus hombres no podían retirarse sin exponerse a sufrir una derrota, lucharon con energía durante más de media hora hasta que el general Bedeau, comandante del ala derecha, destacó un batallón de zuavos, otro del 15.º de Ligeros y el 9.º de Cazadores de Orleans, que atacaron a los marroquíes en la zona próxima a las montañas, obligándoles a retirarse. Morris ordenó varias cargas en la garganta por la que realizaban la retirada, enfrentándose los 550 cazadores del 2.º a 6.000 jinetes marroquíes.

En el ínterin, la Infantería gala había entrado en el campamento mientras los marroquíes se reunían en la orilla izquierda del Isly para lanzar un ataque con la esperanza de reconquistarlo, pero los franceses formaron rápidamente en la orilla derecha y su artillería disparó abundante metralla contra la enorme confusión de jinetes que confluía en aquel paraje. Seguidamente, la Infantería cruzó el río bajo la protección del fuego artillero y lo mismo hicieron los espahís, seguidos de cerca por tres escuadrones del 4.º y el cuarto escalón, formado por dos escuadrones del 1.º Regimiento de Cazadores y otros dos del 2.º Regimiento de Húsares, a las órdenes del coronel Gagnon. Los espahís, bien sostenidos por la Caballería y la Infantería, se lanzaron a la carga y persiguieron vigorosamente a los marroquíes durante una legua. Como era mediodía, hacía mucho calor, las tropas estaban cansadas y se habían cumplido todos los objetivos, Bugeaud puso fin a la persecución, instalándose los franceses en el recién conquistado campamento.

Los marroquíes se retiraron completamente derrotados, dejando en el campo de batalla más de 800 muertos. Además, su ejército había perdido todo su material y se calcula que entre 1.500 y 2.000 hombres resultaron

heridos. Los franceses, por su parte, perdieron 4 oficiales y 23 sargentos, cabos y soldados y tuvieron un saldo de 86 heridos. Parte del ejército marroquí abandonó aquellos parajes por el camino de Thara, mientras otros lo hicieron siguiendo los valles que conducen a las montañas de los Beni Sesassem. No terminaron ahí sus desdichas, ya que sufrirían el acoso y el pillaje de los rifeños durante su retirada. Pocos días después de la batalla, Sidi Mohamed, el hijo de Muley Abderramán, envió a Bugueaud una misiva solicitando la paz y reprochándole amargamente que hubiera atacado en Isly al ejército marroquí en el momento en que, según él, aquella paz debería considerarse un hecho.

La batalla de Isly puso de relieve, una vez más, la superioridad de la táctica y la organización sobre las masas desorganizadas, aunque su número fuera muy superior. Un ejército francés de 11.000 hombres venció con facilidad a un enemigo cuyos efectivos se estiman en torno a los 40.000 combatientes. El gran rombo formado por cuadros de batallón soportó las cargas de los jinetes, y los batallones situados en los cuatro ángulos de la formación hicieron frente con éxito a los ataques de masas de entre 3.000 y 4.000 combatientes a caballo. La artillería disparó su metralla desde delante de los cuadros erizados de bayonetas, cuyos fusiles hacían estragos entre los atacantes, y protegían en su interior a una caballería que realizó impetuosas cargas cuando le llegó el momento de actuar, arrollando cuanto encontraba a su paso. En cuatro horas, se decidió la suerte de la batalla.

Los alrededor de 25.000 jinetes marroquíes tuvieron un comportamiento audaz, pero la confusión que reinaba entre ellos hizo que sus esfuerzos fueran inútiles. Los más valientes lo único que consiguieron fue hacerse matar, al ponerse al alcance del fuego francés sin tino ni dirección. Si el ataque hubiera estado bien coordinado, la Caballería contara con el apoyo de una buena Infantería, la artillería se utilizara bien y hubieran sido capaces de romper la formación de los galos, el resultado podría haber sido muy diferente. Esta batalla supuso la consagración de la conquista de Argelia, siendo su resultado decisivo para que Francia pudiera imponer su visión en sus diferencias con Marruecos.⁵⁸

Al día siguiente, 15 de agosto, el reino alauita sufrió un nuevo revés cuando la escuadra francesa bombardeó Mogador. Esta plaza está situada

⁵⁸ Parte oficial de la batalla de Isly, en Gómez de Arteche, J. y Coello, F.: *Descripción y mapas de Marruecos, con algunas consideraciones sobre la importancia de la ocupación militar de una parte de este Imperio*, Madrid: Establecimiento tipográfico de don Francisco de P. Mellado, 1859, págs. 128-137. Asimismo, Lalanne, E.: *op. cit.*, págs. 51-53; Roy, J.: *Histoire de L'Algérie depuis les temps les plus anciens jusqu'a nos jours*, Tours: Alfred Mame et fils éditeurs, 1880, págs. 269-271; Pellissier de Reynaud, E.: *op. cit.*, págs. 143-149.

en una punta arenosa terminada en arrecifes que dificultaban el asalto. Su fondeadero se encontraba al sur, cubierto por una batería de 16 cañones, una sólida torre de piedra construida sobre los arrecifes y una pequeña isla que emerge al sudoeste de la ciudad, dotada de una batería de 24 cañones. En su cara oeste, abierta al océano, la plaza estaba defendida por una batería de 40 cañones.



2. Batalla de Isly. Horace Vernet

Los buques habían llegado el 11 a la vista de la ciudad, pero el mal tiempo les había obligado a permanecer fondeados en sus inmediaciones. El 15, amainó el temporal y el príncipe de Joinville ordenó el ataque. A la una de la tarde, las embarcaciones comenzaron a moverse y los navíos *Jemmapes* y *Triton* se situaron frente a la batería del oeste, mientras el *Suffren* y la *Belle Poule* se dirigían al canal que separa la isla del continente. Cuando los buques se pusieron a tiro, las baterías marroquíes abrieron fuego, aunque los franceses cumplieron la orden de no disparar hasta que todos los buques hubieran ocupado sus respectivos puestos. A las cuatro y media, el fuego marroquí comenzó a aflojar y los bergantines *Cassard*, *Volage* y *Argos* se enfrentaron a las baterías de la pequeña isla que protegía la ciudad, disputándose una viva lucha. A las cinco y media, los vapores desembarcaron 500 hombres en ella y aunque sus 320 defensores se batieron con desesperación, no tardaría en caer en manos de los galos. En esta acción, perdieron la vida 240 marroquíes. A las 5 de la tarde, las baterías de la ciudad enmudecieron. Aquel mismo día, arribó el *Véloce* con la orden del Gobierno de conservar la plaza si caía en poder de la escuadra.

En la jornada siguiente, protegidos por el fuego de los vapores y de los bergantines, 500 hombres desembarcaron en la ciudad y demolieron las baterías que cubrían el puerto, destrozadas por el bombardeo del día anterior. Los marroquíes no opusieron resistencia y los franceses se apoderaron de dos cañones, arrojaron al mar el resto, incautaron la pólvora, anegaron los

almacenes en que esta se almacenaba y hundieron o apresaron las embarcaciones que se encontraban en el puerto, aunque renunciaron penetrar en la ciudad al considerarlo inútil a pesar de que podrían haberlo hecho sin peligro, por lo que el príncipe de Joinville ordenó a las tropas que se retiraran a la isla y los marinos a los buques. En la isla quedó una guarnición de 500 hombres y parte de la escuadra bloqueó el puerto de Mogador, cuya aduana proporcionaba importantes ingresos al sultán. No terminaron aquí las desdichas de sus habitantes, porque la ciudad, después de ser destrozada por la artillería francesa, fue saqueada e incendiada por los cabileños, quienes expulsaron a la guarnición imperial tras el bombardeo. El cónsul británico, su familia y algunos europeos encontraron refugio a bordo de los buques franceses, que zarparon rumbo a Cádiz en espera de instrucciones.⁵⁹



3. Bombardeo de Mogador por la escuadra de Joinville. Durand-Braguer & Lassimonne

Las armas imponen la paz

Poco después de que ocurrieran estos acontecimientos, el cónsul general británico, *sir* William Auriol Drummond-Hay, consiguió que se satisficieran las demandas españolas. El 25 de agosto de 1844, se firmó en Tánger un acuerdo entre el Gobierno español y el sultán de Marruecos por el cual las fronteras de Ceuta se restituyeron a sus antiguos límites, colocándose mojones en la línea fronteriza, se indemnizó a las tres embarcaciones apresadas, se ordenó a los cabileños que no hostigasen las plazas españolas, se cumplió lo relativo a los Derechos de anclaje y exportación establecidos en

⁵⁹ Parte del bombardeo de Mogador en 1844, tal cual lo publicó *La Gaceta de Madrid* de 8 de septiembre, en Gómez de Arteche, J. y Coello, F.: *op. cit.*, págs. 137-139; Pellissier de Reynaud, E.: *op. cit.*, págs. 146-148; *El Católico*, 28 de agosto de 1844, pág. 458.

los tratados y se amonestó al gobernador de Mazagán por el caso Darmon, comprometiéndose a saludar al pabellón español del buque de guerra que se enviase a recoger su cadáver.⁶⁰

Este acuerdo se ultimó con unos convenios para su ejecución en lo referente a los límites de Ceuta, firmados en Tánger y Larache el 7 de octubre de 1844 y el 6 de mayo de 1845, en los que se estableció la demarcación del territorio de la ciudad. La línea fronteriza se fijó siguiendo el curso de los barrancos *Hafats Accadar*, que desemboca en la ribera sur, y el barranco de la puerta de las novias (*Jandac Bab al arais*), al norte. Se colocaron mojones con la asistencia del cónsul británico, acordándose que una fuente que manaba en la parte española del barranco de la puerta de las novias fuera aprovechada por todos.⁶¹

Por su parte, el príncipe de Joinville tenía la orden de continuar hostigando los puertos marroquíes hasta que el sultán aceptara cumplir los términos del ultimátum de su Gobierno, pero esto no fue necesario, ya que Muley Abderramán terminaría plegándose a las exigencias francesas. El bajá de Larache, Bou Selem, siguiendo órdenes de su señor, formuló una propuesta de paz al príncipe en las primeras jornadas de septiembre, que se sumaba a la anteriormente realizada a Bugueaud por Sidi Mohamed. La fuerza de las armas cambió la actitud del sultán. Si no hubiera sido así, las consecuencias podrían ser severas. En último término, la guerra despejó el camino a la diplomacia.

El 10 de septiembre de 1844 se firmó en la bahía de Tánger un convenio que puso fin a las diferencias entre Marruecos y Francia. Los ocho artículos de este breve tratado prescribieron el inmediato licenciamiento de los contingentes marroquíes reunidos en la frontera de Argelia y sus alrededores, comprometiéndose el sultán a impedir concentraciones similares. Únicamente mantendría en aquella zona, bajo el mando del caíd de Oujda, un cuerpo cuyos efectivos no podrían superar 2.000 hombres, aunque su número podría aumentar si acaecieran circunstancias extraordinarias, reconocidas por ambos Gobiernos, que lo hicieran necesario en pro del interés común. Los jefes que habían dirigido o tolerado los actos de agresión en tiempo de paz contra tropas francesas en territorio argelino recibirían un castigo ejemplar, comprometiéndose el Majzén a comunicar al Gobierno francés las

⁶⁰ Acuerdo satisfaciendo varias reclamaciones entre el Gobierno español y el sultán de Marruecos, firmado en Tánger a 25 de agosto de 1844, disponible en: <<http://bib.us.es/derecho/servicios/common/convenioMarruecos18440812.pdf>>.

⁶¹ Acta de Ejecución del Artículo I del Acuerdo, firmado en Tánger a 25 de agosto de 1844, disponible en: <<http://bib.us.es/derecho/servicios/common/convenioMarruecos18440812.pdf>>.

medidas adoptadas para ello. El sultán se comprometió solemnemente a abstenerse de proporcionar e impedir que otros proporcionaran cualquier tipo de asistencia o ayuda, dinero, municiones o material de guerra a rebeldes o a enemigos de Francia en todos sus dominios. Se declaró a Abdel Kader fuera de la ley, debiendo ser perseguido por los franceses en territorio argelino y por los marroquíes en el Imperio hasta que fuera expulsado de su suelo o cayera en manos de una u otra nación; en caso de que fuera capturado por tropas francesas, el Gobierno galo se comprometió a tratarlo con consideración y generosidad; si cayera en manos de los marroquíes, el sultán se comprometió a internarlo en una de las ciudades del litoral del oeste del Imperio hasta que ambos Gobiernos hubieran adoptado de mutuo acuerdo medidas para impedir que volviera a empuñar las armas. Las fronteras entre Argelia y Marruecos se fijarían siguiendo los términos establecidos en la época en que los turcos dominaban Argelia, para lo cual se negociaría un nuevo convenio. Las hostilidades cesarían de inmediato una vez firmado el tratado, los prisioneros de ambas partes serían devueltos en el acto y cuando el Gobierno francés considerara que se habían cumplido las estipulaciones comprendidas en los artículos 1.º, 2.º, 4.º y 5.º, sus fuerzas evacuarían la isla de Mogador y la ciudad de Oujda. Ambos países se comprometieron a negociar un nuevo convenio que consolidara sus relaciones políticas y comerciales, observando escrupulosamente hasta entonces los anteriores tratados. Finalmente, esta convención debería ser ratificada en un plazo máximo de dos meses.⁶²

De esta forma, concluyó una crisis internacional, abriéndose una nueva etapa en las relaciones entre Marruecos y las potencias europeas. Tras la victoria de Isly, Bugueaud embarcó rumbo a Argel, donde arribó el 5 de septiembre, siendo recibido como un triunfador. Por ordenanza real, fue nombrado duque de Isly. Bedeau regresó a Tremecén y de Lamoricière se hizo cargo del mando en Lalla Maghnia. El desenlace de esta campaña favoreció la tranquilidad en Argelia; sin embargo, la cláusula que obligaba al sultán a expulsar a Abdel Kader o internarlo en una ciudad al oeste del Imperio no fue respetada y el rebelde argelino permaneció acampado durante largo tiempo en la ribera izquierda del Muluya, desde donde sus emisarios predicaron la revuelta en Argelia, y con el tiempo estallaría una nueva rebelión.⁶³

El sultán no quería exponerse a ser derrotado de nuevo y Francia se comprometió a no infligirle una nueva derrota, siempre y cuando cumpliera sus compromisos y renunciara a su hostilidad. España, Suecia y Dinamarca

⁶² «Convention conclue à Tanger, le 10 septembre 1844, pour régler et terminer les différends survenus entre la France et le Maroc», en Rouard de Card, E.: *Traité de la France avec les pays de l'Afrique du Nord*, Paris: A. Pedone, éditeur, 1906, págs. 330-333.

⁶³ Roy, J.: *op. cit.*, págs. 271 y 272.

solucionaron sus diferendos gracias a la impresión que causó en Muley Abderramán la fuerza militar francesa. Los tributos que habían estado pagando Dinamarca y Suecia para proteger a sus súbditos de las exacciones marroquíes fueron abolidos de inmediato. Sin embargo, la impresión de debilidad que provocó en los marroquíes la mediación británica minó la credibilidad del Gobierno español, ya que no tardó en extenderse el rumor de que Madrid se había visto obligado a recurrir a la diplomacia de Londres debido a su incapacidad de proteger sus propios intereses por sí mismo.

Aunque Narváez consiguió que el sultán cumpliera los términos del ultimátum, en aquellos momentos fue muy criticado por no haber imitado la conducta de Francia. Las condiciones eran favorables para romper con el reino alauita, vengar mediante las armas los agravios recibidos y aprovechar las circunstancias para ensanchar los límites de las plazas africanas, ya que el ultimátum venció poco antes del bombardeo de Tánger y la batalla de Isly, en unos momentos de gran tensión entre Francia y Marruecos. Madrid pudo haber aprovechado la coyuntura para concertar sus acciones con París. También pudo aprovechar la oportunidad que ofrecía la situación para obrar por su cuenta, ya que sería difícil que Gran Bretaña se opusiera abiertamente a una acción armada que no hubiera tenido la conquista como objetivo. El asesinato de Víctor Darmon había provocado un clima de indignación en las potencias europeas, muy enojadas ya debido a las arbitrariedades del sultán, que pudo ser aprovechado por el Gobierno español para intervenir en Marruecos. Además de encauzar las relaciones con el reino alauita mediante un acto de firmeza, único argumento que parecía entender Muley Abderramán, una acción de esta naturaleza podría haber servido para aglutinar al país en torno a una causa, apartándolo de sus miserables luchas intestinas.

En último término, el Gobierno español pudo descansar poco tiempo en las seguridades y en las solemnes promesas del sultán. Pocos meses después de firmarse el convenio, comenzaron a reproducirse los abusos y los atropellos contra los españoles y sus intereses, en una dinámica que terminaría desencadenando la guerra de África en 1859. En esta ocasión, la diplomacia dejó paso a la fuerza, las armas obligaron al sultán a ceder y se obtuvo la deseada ampliación de los términos territoriales de Ceuta y Melilla, pero pronto se vería que una guerra como aquella tampoco era la solución para las desavenencias entre ambas naciones, ya que una cosa era vencer a los marroquíes en los campos de batalla y otra bien distinta ocupar el país. Es muy posible que la solución no se encontrara ni en la diplomacia ni en la guerra, sino en una política que hubiera sido capaz de formular una combinación afortunada de ambas.



4. Bombardeo de Salé, 26 de noviembre de 1851. Théodore de Gudin

Tampoco duraría mucho la paz entre Marruecos y Francia. En 1851, los habitantes de Salé asaltaron un buque francés y expoliaron la residencia del cónsul galo en esta localidad. El 24 de noviembre de aquel año, el contralmirante Dubordieu se presentó en aguas de Salé y Rabat, situadas en las riveras opuestas de la desembocadura del Bu Regreg, al frente de una división naval expedicionaria compuesta por un navío, el *Henri IV*, las fragatas de vapor *Gomer* y *Sané*, la corbeta a vapor *Catón* y el navío a vapor *Narval*. Al día siguiente, remitió sendos requerimientos a las autoridades de ambas ciudades exigiendo reparaciones, en nombre de su Gobierno, por un acto de piratería cometido por los habitantes de Salé, dándoles un plazo de tres horas para satisfacerlas. El caíd de Rabat respondió dando a entender que, en caso de conflicto, se abstendría de participar en una querrela que consideraba ajena. El de Salé reclamó que se le concedieran seis días para que pudiera comunicar el asunto al sultán y recibir sus órdenes. Como la cuestión venía arrastrándose desde hacía ya ocho meses, los galos se negaron a aceptar nuevas dilaciones. A las diez de la mañana del 26, el contralmirante ordenó bombardear Salé, respondiendo a su fuego las baterías de ambas ciudades, pero la superioridad artillera de la escuadra desmanteló las baterías de los fuertes de Salé después de siete horas de combate, a pesar de su obstinada defensa. El *Henri IV* continuaría el bombardeo hasta las siete menos cuarto de la mañana siguiente, sufriendo la ciudad importantes incendios. A las 10 de la noche del 27, la escuadra zarpó rumbo a Tánger para bombardear también esta población, pero el sultán terminó cediendo ante las exigencias

francesas para evitar males mayores.⁶⁴ Una vez más, fue necesario recurrir a la fuerza para imponer la paz.

En lo que respecta a Víctor Darmon, el Majzén finalmente entregó 5.000 reales como precio de sangre en desagravio por el crimen, pero su familia se negó firmemente a recibirlos.⁶⁵ Aunque el sultán rehusó ejecutar al bajá de Mazagán como le había sido exigido, limitándose a amonestarle, Sidi Mohamed, su primogénito y sucesor en el trono, lo encarcelaría en 1862 después de la guerra de África, cuando la intervención del Gobierno español de las aduanas del Imperio desveló los enormes desfalcos que había estado cometiendo durante décadas el infame Muza.⁶⁶

⁶⁴ Cánovas del Castillo: *op. cit.*, págs. 244 y 245; Dubourdieu, L.: *Expédition du Maroc. Bombardement de Salé et de Rabat. Extrait du rapport de M. Le contre-amiral Dubourdieu, commandant en chef de la division navale expéditionnaire du Maroc*, París, 1851, págs. 1-3.

⁶⁵ Cánovas del Castillo: *op. cit.*, pág. 244; *La América*, 24 de mayo de 1860, pág. 10.

⁶⁶ *La Esperanza*, 18 de agosto de 1862, pág. 2.

FUENTES DOCUMENTALES

Libros:

- Bécker, J.: *España y Marruecos. Sus relaciones diplomáticas durante el siglo XIX*, Madrid: Tipolitografía Raoul Péant, 1903.
- Berteuil, A.: *L'Algérie française*, París: Dentu, libraire-éditeur, 1856, vol. II.
- Bled, V. du: *Histoire de la Monarchie de juillet de 1830 à 1848*, París: E. Dentu, éditeur, 1879, vol. II.
- Cánovas del Castillo, A.: *Apuntes para la Historia de Marruecos*, Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1913.
- Cantillo, A. del: *Tratados, Convenios y Declaraciones de Paz y de Comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón desde el año de 1700 hasta el día. Puestos en orden e ilustrados muchos de ellos con la historia de sus respectivas negociaciones*, Madrid: Imprenta de Alegría y Charlain, 1843.
- Calderón, S.: *Manual del oficial en Marruecos o cuadro geográfico, estadístico, histórico, político y militar de aquel imperio*, Madrid: Imprenta de Don Ignacio Boix, 1844.
- Decamps, A.: *Le Maroc en face de l'Europe a propos de la dernière rupture survenue entre la République Française et le Gouvernement marocain*, París: Imprimerie Lacourt et Co., 1849.
- Drummond-Hay, J. H.: *Le Maroc et ses tribus nomades: excursions dans l'intérieur; chasses, détails de mœurs, superstitions, coutumes, etc.*, París: Arthus Bertrand, éditeur, 1844.
- Dubourdieu, L.: *Expédition du Maroc. Bombardement de Salé et de Rabat. Extrait du rapport de M. Le contre-amiral Dubourdieu, commandant en chef de la division navale expéditionnaire du Maroc*, s. l., s. n., 1851.
- Gómez de Arteché, J. y Coello, F.: *Descripción y mapas de Marruecos, con algunas consideraciones sobre la importancia de la ocupación militar de una parte de este Imperio*, Madrid: Establecimiento tipográfico de don Francisco de P. Mellado, 1859.
- Gorce, P. de la: *Louis-Philippe (1830-1848)*, París: Librairie Plon, 1931.
- Lalanne, E.: *La France et ses colonies au XIX siècle*, París: Alcide Picard et Kaan, éditeurs, 1893.
- Pellissier de Reynaud, E.: *Annales Algériennes*, París: Librairie Militaire, J. Dumaine, libraire-éditeur de l'empereur, 1854, vol. III.
- Rouard de Card, E.: *Traité de la France avec les pays de l'Afrique du Nord*, París: A. Pedone, éditeur, 1906.

- Roy, J.: *Histoire de L'Algérie depuis les temps les plus anciens jusqu'a nos jours*, Tours: Alfred Mame et fils éditeurs, 1880.
- Torrecillas Velasco, A.: *Dos civilizaciones en conflicto. España en el África Musulmana. Historia de una guerra de 400 años (1497-1927)*, Valladolid: Quirón Ediciones, 2006.
- Ventosa, E.: *Españoles y Marroquíes. Historia de la Guerra de África*, Barcelona: Librería de Salvador Manero, 1860.

Prensa consultada:

Diario Constitucional de Palma
Diario de Avisos de Madrid
El Católico
El Clamor Público
El Eco del Comercio
El Espectador
El Genio de la Libertad
El Herald
La América
La Esperanza
La Posdata
Pensamiento de la Nación

Recursos digitales:

- Acuerdo satisfaciendo varias reclamaciones entre el Gobierno español y el sultán de Marruecos, firmado en Tánger el 25 de agosto de 1844:
<<http://bib.us.es/derecho/servicios/common/convenioMarruecos18440812.pdf>>.
- Acta de ejecución del artículo 1.º del acuerdo firmado en Tánger el 25 de agosto de 1844:
<<http://bib.us.es/derecho/servicios/common/convenioMarruecos18440812.pdf>>.
- Le dhimmi. Profil de l'opprimé en Orient et en Afrique du nord depuis la conquête arabe* (1980). Textos de viajeros, comerciantes y diplomáticos europeos por Marruecos en el siglo XIX, recopilados por Bat Ye'or, págs. 1 y 2: <<http://www.ua.es/personal/jms/hc/mrcs.pdf>>.

Ilustraciones:

1. *Mulay Abderramán, sultán de Marruecos, saliendo de su palacio de Mequinez rodeado de su guardia.* Delacroix.
<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/4/4d/Eug%C3%A8ne_Ferdinand_Victor_Delacroix_033.jpg>.
2. *Batalla de Isly.* Horace Vernet.
<http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/thumb/8/80/Vernet_-_Bataille_d%27Isly_-_1846.jpg/450px-Vernet_-_Bataille_d%27Isly_-_1846.jpg>.
3. *Bombardeo de Mogador por la escuadra de Joinville.* Durand-Braguer & Lassimonne.
<http://www.essaouira.nu/Pics/Serkis_Diranian_600.jpg>.
4. *Bombardeo de Salé, 26 de noviembre de 1851.* Théodore de Gudin.
<http://www.culture.gouv.fr/Wave/image/joconde/0633/m507704_74ee393_p.jpg>.

Recibido: 13/02/2013

Aceptado: 28/11/2013